**Domingo 2º de Cuaresma (A). 12.03.2017: Mateo 17,1-9.**

***“Elías ya vino y no lo reconocieron…”* Y yo escribo… ¡CONTIGO!**

Si el primer domingo de Cuaresma nos leyeron las llamadas tentaciones de Jesús de Nazaret, el segundo se nos leerá el relato de ‘la transfiguración’ según nos lo cuenta en este año de la iglesia el Evangelista Mateo (17,1-9). Una vez más escribo para denunciar la arbitrariedad en el uso de la tijera por parte de quien tiene la autoridad sobre la liturgia de la eucaristía. Esa autoridad no es otra que la del papa, por ser él quien mantiene el dicasterio del culto.

Es cierto que el relato estricto de la transfiguración acaba en el versículo noveno de Mateo 17. Pero los versículos 10-13 no deben dejar de leerse porque ahí reside una de las claves de interpretación del mensaje de la nunca sencilla narración de este hecho en la vida de Jesús, que siempre nos resultará sorprendente. Y sorprendente es que también lo cuenten con sus variantes los tres primeros Evangelios escritos, los Sinópticos.

Y hay algo más aún. Este relato de ‘la transfiguración’ sucede, según este Evangelista, en el contexto narrativo y teológico de la llamada ‘Confesión de Pedro’ y de la posterior desautorización de tal confesión que le hace el galileo Jesús de Nazaret. Éste identifica y define a Pedro como Satanás y prohíbe de manera explícita que se siga confesando a Jesús de Nazaret como el Mesías de todo poder que se esperaba por el pueblo para acabar definitivamente con la presencia de Roma y Samaría en tierras de Israel. Al decir esto, sólo estoy invitando a que se lea el texto desde Mateo 16,13 hasta 17,13. Bien sencillo de memorizar.

Pedro y los hermanos ‘atronadores’ (los zebedeos, Santiago y Juan) están esperando de Jesús lo mismito que le propuso el tentador Satanás en el desierto: Ser, asumir y ejercer todo poder en nombre del Dios Yavé de Israel: el poder del dinero, el poder de la religión y el poder del mando político. El poder absoluto. Todo y de manera permanente: *“Señor, qué bien estamos así y aquí”* (Mt 17,4). El título de ‘Señor’ usado aquí es el de Mesías, el Escogido, el Separado, el Consagrado, el Ungido, el Único, el Absoluto, el Amo… ¿No es sorprendente que este mismo título de ‘Señor’ sea el que usan nuestras autoridades del sacerdocio para hablar de Jesús de Nazaret, que les quema en la boca?

El narrador Mateo añade un mensaje colocado en labios de la nube, que tanto recuerda los hechos del bautismo (3,13-17): *“escuchad a éste”* (17,5). Y lo traduzco así para que quien lea el original comprenda que no se debe escuchar a Moisés y Elías que son la Ley y los Profetas. ¿Cómo olvidar ahora el mensaje de la fe en Jesús que Mateo nos sintetizó ya en 7,12?*:* *“Todo cuando deseáis que os hagan los demás, hacédselo a ellos. No hay otra Ley, ni otros profetas, ni otra religión, ni otro camino”.* Esto es lo que el laico Jesús había enseñado por Galilea y enseñaba ahora que va de camino hacia Jerusalén (16,21). Camino de ida. Sin opción de vuelta.

Escribiré aquí que ‘la transfiguración’ de Jesús fue su propia vida y persona. En su manera de hablar y de hacer todos cuantos lo vieron y oyeron fueron comprendiéndolo a su modo como ya lo había expresado este Evangelista desde 9,33-34: *“La gente decía maravillada: Jamás se ha visto nada igual en Israel. Pero los fariseos decían: Es un blasfemo y hereje. Es Satanás”.* Aquella religión de la Ley, viva aún, mató a aquel Jesús de Nazaret, vivo en ti, en ti, en ti…

**Domingo 16º del Evangelio de Marcos (12.03.2017): Marcos 4,1-20**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

Invito a leer, ahora y para este comentario, el texto de Marcos 4,1-20. En realidad tendríamos que leernos completo el cuarto capítulo de este Evangelio. Todo cuanto se cuenta de Jesús de Nazaret y de sus seguidorxs (-es, -as) sucede en torno al ya conocidísimo lago-mar de Galilea: en su orilla occidental o judía (4,1-34) o en medio de él (4,35-41). Con este extenso relato la narradora nos va acercando despacio al núcleo de la segunda gran palindromía narrativa y teológica de la actividad de su protagonista, Jesús de Nazaret.

En esta orilla occidental del lago, nos cuenta María Magdalena, *“se puso de nuevo Jesús a enseñar… Les enseñaba por medio de parábolas”* (4,1 hasta 4,34). Estas parábolas son cinco, nada más. ¿Cómo los cinco libros de la vieja Ley de Moisés y de Israel? En realidad, cuatro más una, porque la primera está contada y explicada al detalle a modo de criterio para comprender las otras cuatro.

Esta es la única razón por la que ahora sólo presto atención y comento esta primera parábola que podría llamarse la de ‘las semillas’ o la de ‘el sembrador’ o la de ‘los sembrados’. En cualquier caso, una parábola tan agrícola y de pueblo como las propias amapolas. Seguramente que hoy en día más de una persona se preguntará: ¿Qué es un sembrador?, como acertadamente dibujaba el Evangelista Cortés en su viñeta del día nueve de abril del pasado año dos mil catorce. De las otras parábolas (21-34) hablaré en el comentario siguiente.

Cuando se leen y se meditan críticamente los versículos 4,11-12 se cae en la cuenta de que el mensaje de este Evangelizador que es Jesús no habla ni de semillas, ni de sembradores ni de sembrados. Habla única y exclusivamente de ‘palabras’. De la misma manera que en el texto del capítulo sexto de Isaías, el profeta, también se habla sólo de palabras. Estas ‘palabras’, las del profeta y las de Jesús, no son armoniosos sonidos de un ‘bla, bla, bla’.

La palabra o palabras del profeta Isaías son una denuncia de la expresión y la experiencia de la Religión y Religiosidad de Israel y de su Templo de Jerusalén. Una denuncia que nadie quiso escuchar ni aceptar. Y las palabras de la enseñanza de Jesús fueron también una denuncia de la Religión de la Sinagoga y de la Ley, como ya hemos leído que le sucedió a Jesús en 3,1-6. El hablar de Jesús, que es su hacer y vivir, ya ha desencadenado su condena y su muerte.

*“Lo sembrado en la tierra buena se parece a aquellos que oyen el mensaje, lo reciben y dan fruto: treinta, sesenta o cien”* (4,20).

**¿Qué es oír el mensaje, recibirlo y dar fruto?** ¿Puedo decir, mi María Magdalena, que este mensaje-palabra es el Reino (4,11) que a ti también se te confió? Escribir estas preguntas no me es demasiado complicado. En cambio, tiemblo tanto cuando trato de responderlas que, muy frecuentemente, no me atrevo a ser claro, limpio o transparente. Este ‘mensaje-palabra-Reino’, ¿es un Cielo del más allá de esta vida?, ¿es mi Iglesia con su religión de siglos de certezas y sacramentos sacerdotales?, ¿o es tan poquita cosa, como tu persona y mi persona, los otros y las otras, que como espigas de semillas se parten, reparten y comparten? No lo sé…